

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NTRA. SRA. DEL ROSARIO

La responsabilidad de los artículos pertenece al autor.

Tarifa reducida en el servicio postal interior. Lic. N^o. 118.

RECTOR: D. D. J. V. CASTRO SILVA

REDACCION: EDUARDO CARRANZA - ADMINISTRACION: A. DELGADO PLAZA

Volumen XXXVII — Bogotá, Octubre y Noviembre de 1942. — Nos. 365 y 366

La persona y el estado

Persona, individuo y cosa.—Hay tres grados del sér: la cosa, el individuo y la persona. ¿Cuáles son los atributos diferenciales de cada grado del sér?... *Cosa* es el sér sin unidad. Si se rompe una cosa, nada ha perecido en ella. Las cosas se refieren, constantemente, a esta divisibilidad.

Es la región, la esfera de lo físico, donde la vida no existe. Las cosas no tienen vida, por esto pueden ser divididas, sin cambiar su naturaleza intrínseca. Siguen siendo cosas. El dividir las no las modifica en su naturaleza.

Si se pasa de este grado inferior del sér al inmediato superior, aparece desde luego la diferencia fundamental que media entre el mundo físico y la esfera de la naturaleza orgánica. El partir cosas nos da cosas; pero, en cuanto se llega a tomar contacto con la vida, la existencia se muestra dotada de propiedades profundamente diferentes.

El ser dotado de vida, se nombra *individuo*. La misma denominación entraña, por su estructura, algo esencialmente diferente de la naturaleza de las cosas. Individuo quiere decir lo que no puede dividirse. En el propio nombre del ser orgánico yace la idea de indivisibilidad; podrá ser más o menos enérgica la individualidad misma; pero siempre el sér viviente es indivisible, siempre es individual, siempre asume en su propia sustancia un grado de ser superior a la cosa. Esta superioridad es la indivisibilidad.

Entre los individuos dotados de vida hay también grados de elevación, de entonación de la potencia vital. En los confines de ambos reinos naturales, el vegetal y el mineral, la individualidad no muestra el enérgico relieve que cobra en las formas superiores de las plantas y los animales.

La forma más perfecta de la individualidad es el organismo animal. El hombre es un organismo animal, el organismo más perfeccionado de todos; pero su superioridad evidente no la reviste por razón de su naturaleza biológica, sino en virtud de su superioridad intelectual y moral. El hombre es un microcosmos; en él se da la individualidad superando la naturaleza física; pero también se da otra naturaleza, que no puede reducirse a la pura individualidad. El hombre es individuo, un admirable individuo biológico; pero es algo más que esto; es una *persona*.

Al individuo biológico se agregan los caracteres de unidad, de identidad, de continuidad sustanciales. Sólo el hombre desempeña un papel como sér sociable. De aquí la denominación de *persona*, que significa, precisamente, el desempeñar un papel, como lo desempeñan los actores en el teatro. De la misma manera, el hombre, como unidad social, desempeña un papel, siempre, en la historia.

¿Qué otro sér del mundo es capaz, como el sér humano, de realizar y desempeñar una misión social?... Sólo el hombre concibe el ideal; sólo él es capaz de hacer servir sus facultades espirituales, la razón, la ciencia, el sentimiento en pro de esas *ideas queridas*, de esas ideas que la voluntad afirma. Ahora bien, una idea querida, firmemente, es un ideal.

No basta a definir el concepto de persona la pura naturaleza psíquica del hombre. Por encima de lo psíquico, está lo espiritual. Es un "creador de valores", conforme a la magnífica expresión de Nietzsche.

La espiritualidad humana no puede lograrse en el aislamiento de la psique. Por esto Aristóteles definió al hombre como "el animal político". Las llamadas sociedades animales son semejantes a un individuo, no a una persona. En ellas, cada uno de los seres que las componen, realiza una función constante, una actividad que se reproduce tesonera-

mente; cierta división del trabajo estereotipada, orgánica. Una colmena es un individuo, que reduce a su ley a cada uno de los individuos que la integran.

El error del individualismo, el error del socialismo, son singularmente parecidos; porque, en sus formas extremas, ambas teorías sociales, ambos credos filosóficos, desconocen la naturaleza superior del sér humano, *el grado de su sér espiritual*.

El individualismo y el comunismo rebajan la dignidad de la persona. La persona y la cultura son concomitantes. La persona implica la sociedad en su desarrollo. La sociedad necesita, a su vez, de la persona para ser. El espíritu florece por encima de la vida, como la vida por encima de la naturaleza física.

Se trata de diversos grados de la existencia. El grado supremo es la personalidad. En el lenguaje escolástico se decía *supuesto* a toda sustancia cabal en sí, pero desprovista de razón. La etimología de esta palabra nos indica "lo que está debajo". La persona no es lo que está debajo, sino lo que está encima de todo. La personalidad humana, en Dante, en Newton, en Platón, es el grado supremo del sér. Las mayores potencias de la historia, las naciones más insignes de todas, las ciudades predilectas de la cultura, como Atenas, Florencia o París, tienen personalidad; pero, por más que la tengan, su espiritualidad no alcanza a equipararse con la que muestra lo obra genial de Platón, de Newton o de Dante. La persona humana es el grado más alto del sér.

Y no obstante, las cualidades que esos grandes ingenios revelan son inferiores al ideal humano. El ideal del hombre no puede saciarse sino con la postulación de una Persona que, si es activa, sea omnipotente; que si es amante, sea absolutamente desinteresada; que si es inteligente, abarque todo objeto de conocimiento en un solo pensamiento; que si es libre, sea por completo autónoma; que si es santa, sea *la misma santidad*. Esta persona que postula el ideal humano es la síntesis del sér y del ideal, es Dios.

Individualismo y comunismo.—El individualismo y el comunismo se identifican como dos formas del egoísmo. La comunidad es egoísta, reclama su propia continuidad y prioridad sobre el individuo. Antes de los individuos es la comunidad. En ella nacieron y son. Ella es el todo y los individuos las partes. El individuo, parte de un todo, ha de subordinarse a la comunidad. Esta es la esencia egoísta del comunismo.

He aquí también la esencia egoísta del individualismo: el individuo declara, a su vez, que su sér es el único real. Dice: concibo el Estado como medio de mi dicha; la sociedad se instauró para mi felicidad. Yo soy yo mismo. De Dios es lo divino; pero, yo no soy Dios; lo humano es de la humanidad; pero yo no soy la humanidad. Yo soy lo que es real. Mi bien es lo que quiero tener, no lo que me quieran dar; y, si no me lo dan, procuraré tomarlo.

Las dos posiciones rivales son falsas, porque ponen sobre la cultura y el espíritu, el valor de la vida. La comunidad alega su sér peculiar; el individuo el suyo propio. Ambos combaten y debaten sin término. Ambos dicen: yo soy el primero; ambos creen: yo soy la verdad; tú eres para mí, porque tú no eres la verdad.

El individuo arguye con su vida individual; la comunidad con su vida común. ¿Quién podrá decidir en el conflicto de dos vidas distintas si toma como único criterio la vida; esto es, el propio acto ostensible y constante de vivir?...

No se ha salido, no se podrá salir nunca de los límites del egoísmo, ante dos egoísmos diferentes en la especie, pero idénticos en el género, que alegan su propio sér vital. Porque la comunidad no puede tener razón porque sea *antes* ni porque sea *fuerte*; ni el individuo la tiene porque se siente único en su individualidad. Ser no es una razón moral ni jurídica. ¿Existir es ser contingente y perecedero; contingente y perecederos son individuos y comunidades! *Valer* es lo que se necesitaría alegar. ¿Quién vale más, el individuo o la comunidad?...

Ni el individuo ni la comunidad: sino la sociedad basada en la justicia. Esto es, *la unión moral de los hombres*, respetuosa de los valores. La comunidad que tiraniza al hombre, olvida que los hombres somos “personas”, no “unidades biológicas”; *centros espirituales de acción culta*. El individuo que se opone a la comunidad, como realidad absoluta, olvida que por encima de la individualidad, que se nutre de egoísmo, está la cultura humana, que es siempre síntesis de valores. Los valores no los elaboró el individuo ni la comunidad; sino que los reflejó la continuidad histórica de las generaciones y la solidaridad moral de las gentes. La cultura es, indisolublemente, tradición y solidaridad: la solidaridad es imposible, sin la tradición; la tradición, imposible sin la solidaridad!

Si sólo nos referimos a la biología, sólo nos referiremos, siempre, al egoísmo. La lucha se desencadenará cada vez más aciaga; porque la vida es, precisamente, brega de egoísmos, acaparamiento de medios, nutrición y reproducción, esto es, incorporación de lo ajeno en lo propio. La vida dice, con Hobbes: “el hombre es el lobo del hombre”; con Darwin: “struggle for life”; con Nietzsche: “no contentamiento sino más poder”.

Pero la sociedad humana *no es* la pugna de la comunidad y los individuos; es, por fortuna, algo más profundo y superior: la coordinación de las personas en el derecho. El sér personal no quiere *tener* algo más: sino *ser* algo más, como lo dijo Nietzsche. ¿Quiere más la bestia, que es puro instinto; el animal que no sacia su avidez de acrecentar su vida efímera, a expensas de otras vidas efímeras!...

La única solución del conflicto es la solución axiológica, ética y jurídica. El comunismo y el individualismo rechazan el derecho. Se trata de los individuos, de “dos unidades biológicas”, que se desgarran entre sí. Por encima de las comunidades tiránicas y los individuos que se creen absolutos, dentro del anarquismo, está otra cosa, a saber: *la sociedad espiritual humana compuesta de personas*. Han de prevalecer las personas justas y las sociedades justas. El comunismo y el anarquismo son dos errores que tienen la



misma funesta raíz: la supervaloración del egoísmo intrínseco y vital.

El mundo contemporáneo se nutre de este tremendo egoísmo insaciable, porque ha perdido el sentido del sér personal. La falta de espiritualidad en la vida del mundo es lo que desencadena las catástrofes, lo que lanza a los individuos contra individuos, a los individuos contra los Estados, y a los Estados entre sí.

Las personas no son individuos, sino espíritus; los Estados no se justifican como individuos, sino como personas políticamente organizadas, que deben tratarse entre sí con respeto y moralidad.

Nadie será libre nunca, mientras se confunda la individualidad —cosa esencialmente biológica— con la personalidad, que es amor, cultura. El individualismo y el comunismo —conforme a la lógica pura— son dos proposiciones contrarias, que sus respectivos adeptos juzgan verdaderas en su exclusividad. Pero dos proposiciones contrarias —también conforme a la lógica pura— pueden ser: falsa la una y la otra verdadera; o —como en el caso presente— *ambas falsas*; verdaderas las dos, jamás.

Amor y persona.—¿Qué es la persona?... Para contestar en lo posible a la pregunta, elevémonos de la persona a su esencia: la personalidad. Toda persona lo es, en cuanto que, precisamnte, es ella misma y no las demás. La personalidad es una esencia *sui generis*, que estriba en este modo de ser singular en cada sujeto, único en su sér. Esto es la personalidad, el modo de ser espiritual e irreductible. Lo universal de la personalidad consiste en ser insustituible,, en existir singularmente. Cada realización de la persona es propia y única.

Y lo que es propio y único no se reemplaza, porque implicaría la contradicción. Las cosas se truecan; los individuos se sustituyen; las personas no se reemplazan. El sumo error de la civilización contemporánea es su falta de respeto a la personalidad humana. Su consideración preeminente de los conjuntos, de las sumas, de lo anónimo, colectivo y común.

“Parece —dice Carrel— que la organización moderna de los negocios y la producción en masa, son incompatibles con la persona humana. Si así fuere en realidad, es la civilización moderna y no el hombre lo que debe sacrificarse”.

Este es, en efecto, el conflicto en que se desarrolla la historia contemporánea; por ello es tan dolorosa la situación del mundo. El hombre mismo o la civilización que alcanzamos: he aquí el dilema. La civilización del presente va contra la esencia de lo humano, contra la personalidad. Se piensa en conjuntos y sumas, no en sujetos personales y reales, entre sí irreductibles.

Si el hombre se sacrifica al criterio de la civilización contemporánea, el destino, el “sentido” de la humanidad, se habrá perdido para siempre; porque humanidad y personalidad son lo propio, lo genuino de la especie y su historia.

El reconocimiento de la personalidad de los seres humanos obliga a la sociedad a aceptar su real desigualdad, en vez de su imposible uniformidad.

Ha escrito con profundidad y verdad Nicolás Berdiaeff que “la persona supone el cambio, la innovación creadora; pero en el cambio no puede traicionarse a sí misma; porque la esencia de lo personal es unir el cambio y la innovación con la fidelidad a la propia naturaleza (la personalidad) y la conservación de la identidad”.

Ser siempre lo que es esencialmente, mudando empero sin cesar. Conservarse y crear, esto es positivamente lo humano. Un artista podrá variar, con sus adaptaciones fecundas y plausibles, a nuevas condiciones ambientes; pero, a través de los cambios y movimientos de la sociedad, guardará su genio propio, que constituye la prolongación de su personalidad inconfundible: su estilo. Recordad la sentencia del clásico francés: “El estilo es el hombre”.

Imposible equiparar a la sociedad —menos aún al Estado— con la persona humana. La persona, en su espiritualidad esencial, es amor y libertad, no coacción. El Estado es siempre coacción, no libertad. Sin el amor a sí mismo —perfectamente legítimo en sí— no puede haber persona. Sin el amor a los demás, sin el *tú* que completa al *yo*, tampoco. Y el *tú* y el *yo* incluyen en su relación real, no puramente ló-

gica, el hondo misterio espiritual del amor. Esto es lo que vieron y sintieron, en su clarividencia, los grandes místicos. El propio Nietzsche que puso el *ser* sobre el *tener* egoísta, interesado e individualista, decía no amar al prójimo, al *próximo*, pero sí al *lejano*, al superhombre que nacería del terrible ascetismo de la fuerza. Sin amor, sin *yo* y sin *tú*, no hay persona. La esencia de lo personal es la "afinidad electiva", tanto en el amor como en la amistad.

Trasciende la persona de lo social y político, porque su destino, es decir, el "sentido" de su existencia, sólo se resolverá en dirección a su esencia, en el plano de la espiritualidad absoluta. "*Fecisti nos ad te* —dice San Agustín— *et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te*". Sí, es la verdad; porque la persona humana no se halla ni puede hallar reposo en el amor finito; entonces busca, más allá, el amor de la persona ideal, el amor de la persona que sea puramente amor y pura abnegación. Por esto en la oración se tutea a Dios. Dios es el *tú* eterno, la persona que sintetiza la plenitud del ser: "Para ti nos hiciste, Señor, y permanecerá inquieto nuestro corazón hasta no reposar en ti".

Fichte señaló los distintos grados del querer. Primero es el "apetito". Los medios para la satisfacción de las necesidades constituyen su objeto. En este grado, el hombre no es todavía persona, ser libre. Depende de los estímulos que obran sobre él.

El ansia de "dominio y poder" constituyen un grado superior; porque se subordina el apetito de gozar al anhelo de triunfar; pero "el hombre no es una persona libre, hasta que no aprende a respetar a su prójimo"; por esto no puede haber personalidad sino en la sociedad.

El Estado es la fuerza coactiva que debe garantizar a cada quien la posibilidad de desarrollar su propia personalidad.

Y concluimos estas reflexiones sosteniendo, en suma, la siguiente doctrina: el Estado ha de garantizar a cada quien la posibilidad de existir, conforme a su esencia, conforme a su modo de ser, dentro del respeto a los demás, que poseen también el propio derecho de existir conforme a su esencia. Pero si, como hoy acaece, se pone lo colectivo y común so-

bre lo personal, se tiende a corromper esencialmente —como dice Carrel— lo propio de la persona humana, así como se compromete, sin derecho alguno, la evolución futura de su evolución histórica.

ANTONIO CASO

